

La palabra luminosa de la ofrenda: gracias

Jesús Moreno Led¹,
 Facultad de Teología “San Pablo”, Cochabamba,
 psmonica@supernet.com.bo

Introducción

“Para salir del laberinto de la perplejidad y del asombro, [...], permitidme que, una vez más, acuda a la palabra luminosa de la ofrenda: Gracias”.

“La palabra luminosa de la ofrenda: GRACIAS”, es una bella expresión de la filósofa española María Zambrano, en su discurso al recibir el Premio Cervantes, 23 abril 1988².

“Gracias” es palabra luminosa porque nos ayuda a expresar lo que somos. Todo lo hemos recibido. Dato innegable. Y lo hemos recibido gratis. La vida, el amor, la naturaleza, la familia, el aire y el sol, los amigos, los avances y progresos... Todo nos lo hemos encontrado porque otros nos lo ofrecieron o prepararon. Para situarse de manera auténtica ante el hecho de nuestro existir, es necesario partir de ahí, de la gratuidad. Para que apreciemos la vida, la nuestra y todas las vidas, no podemos poner otro fundamento que la acción de gracias ante lo recibido.

¹ Palabras del Pbro. Jesús Moreno Led en la ocasión de la concesión del título *Doctor honoris causa*, Facultad de Teología “San Pablo”, Universidad Católica Boliviana, 07.10.2016.

² María Zambrano Alarcón (Vélez-Málaga, Málaga, 22.04.1904 - Madrid, 06.02.1991), fue una pensadora, filósofa y ensayista española. Hija del también filósofo y pedagogo Blas Zambrano, fue discípula de Xavier Zubiri y amiga de José Ortega y Gasset Su extensa obra, entre el compromiso cívico y el pensamiento poético, no fue reconocida en España hasta el último cuarto del siglo XX, tras un largo exilio. Ya anciana, recibió los dos máximos galardones literarios concedidos en España: el Premio Príncipe de Asturias en 1981, y el Premio Cervantes en 1988. El texto está tomado de su discurso al recibir el Premio Cervantes, 23.04.1988, en www.ddooss.org/articulos/textos/Maria_Zambrano.htm (fecha de consulta 04.10.2016).

Lo contrario del agradecimiento como actitud vital es el creerse dueños de lo que no hemos “ganado”, sino recibido.

“Gracias” es también ofrenda. Porque la respuesta a tanto don recibido es cuidar y potenciar el don: la vida. Dar las gracias no es una palabra, es una actitud constructiva y trabajadora. Consiste en colaborar a que todos den gracias. Para ello debemos quitar todo lo que pueda oscurecer el don: la soberbia, la injusticia, la pobreza impuesta, el hambre, el desprecio de los demás, la intolerancia, el terrorismo, el fundamentalismo, el mal trato de la naturaleza... No se es agradecido si no se colabora a que el don aparezca en todo su esplendor y en su limpieza original. Todo compromiso en la transformación de la realidad es un acto de agradecimiento.

Los cristianos damos un paso más. Creemos que la vida y todo lo que la acompaña no viene de un donante anónimo, de un donante no personal, de fuerzas físicas o químicas ciegas. Creemos que el donante tiene nombre y es personal: Dios Padre. Los cristianos hemos sido agraciados con la confianza cierta de que el amor del Padre nos lo ha dado todo por medio de su Hijo, Jesús de Nazaret. Que Jesús es el *todo* que el Padre podía entregarnos. Don que lo actualiza constantemente en nosotros y en la creación toda por el Espíritu Santo, que, también, nos ha sido dado. Nosotros, los cristianos, creemos que todos los seres humanos hemos sido bendecidos con la gracia del amor de Dios, de su felicidad ofrecida y regalada, de su entrega sin límites y su salvación liberadora, todo, aun siendo nosotros “desagradecidos” (cf. Rm 5,10; 8,3; 2 Cor 5,19; 1 Jn 4,10; 1 Pd 2,22-25), nos lo ha dado el Padre por medio de Cristo.

La fe cristiana es radicalmente una fe de agradecimiento, de acción de gracias. Es respuesta agradecida por el don de la vida y de la salvación. Porque, como nos dice san Juan,

- “Él nos amó primero”;
- “Él nos amó y nos envió a su Hijo”;
- “En esto hemos conocido lo que es el amor: en que él (Jesús) dio su vida por nosotros” (1 Jn 4,10-11; 3,16-18).

Y recordemos también este otro profundo texto que expresa nuestra nueva relación con la divinidad por voluntad libre, gratuita y desbordante de amor de las tres Divinas Personas: “Porque gracias a él [Cristo] unos y otros, unidos en un solo Espíritu, tenemos acceso al Padre” (Ef 2,18).

Por eso, la fe cristiana es una fe de agradecimiento. La acción de gracias pertenece a la entraña de la fe cristiana. Y la teología auténtica se manifiesta en la *acción de gracias*, en la *alabanza* y en la *adoración*. Es su sentido más genuino y hermoso: alabanza y adoración silenciosa en el reconocimiento del misterio insondable.

San Pablo lo expresa con fuerza y convencimiento en todas sus cartas y varias veces. Recordemos este texto: “Canten y toquen para el Señor de todo corazón y den continuamente gracias a Dios Padre por todas las cosas en nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef 5,19b-20).

Son interminables los textos de la Sagrada Escritura que expresan e invitan a la acción de gracias a Dios, al Padre, por todo. Porque todo viene de Dios, la primera palabra humana no puede ser otra que ¡gracias! El primero que entona la acción de gracias al Padre es el mismo Cristo (cf. Mt 15,36; 26,27; Mc 8,6; 14,23; Lc 22,17.19; Jn 6,11.23; 11,41). Las cartas del Nuevo Testamento están llenas de esa actitud y de esa palabra: ¡gracias! (cf. Rom. 1,8; 6,17; 7,25; 1 Cor. 1,4; 10,30; 15,57; 2 Cor. 1,11; 2,14; 4,15; 8,16; 9,11-12.15; Ef. 1,16; 5,20; etc.). Y

la celebración central de nuestra fe recibe el nombre de “Acción de Gracias”, *Eucaristía*.

Hecha esta afirmación general, no me resisto a comentar brevemente el pasaje de Ef 1,3-14, que, con un desarrollo tripartito, alaba a cada una de las personas de la Trinidad por su acción salvadora y entregada. Acción que nos transforma interior y radicalmente, porque no se queda fuera de nosotros, sino que habitan en nosotros. Al Padre se le bendice por habernos elegido de un modo totalmente gratuito, por puro amor, en la persona de su Hijo Jesucristo. Porque él, previamente y de modo desinteresado, “por pura iniciativa suya”, nos ha bendecido, nos ha elegido y nos ha destinado, todo ello en Cristo.

Este himno con el que comienza la carta es también signo de que la comunidad cristiana primitiva percibió la significación esencial de la obra salvífica llevada a cabo por Cristo para toda la humanidad, reconociendo en esta obra el designio del Padre. Pablo expresa en este himno la fe cristiana, fe que refleja el sentido del acontecimiento de Cristo y que busca subrayar, con entusiasmo y admiración, las inmensas repercusiones sobre el futuro del universo. El género poético del himno nos permite sentir desde sus primeras palabras la profundidad de este misterio salvador y la admiración de Pablo ante tanta generosidad del Padre.

Lo que este himno muestra es fundamentalmente el *amor paternal del Padre como fundamento que anima el todo de su actuar*. El Padre nos ha elegido para ser sus hijos *en Cristo*. La filiación que el Padre pretende instaurar en nosotros gracias a su paternal iniciativa es una filiación que participa de la de Jesús. No nos ha hecho meras criaturas, sino que nos ha confirmado como criaturas destinadas a ser hijos en Cristo, hijos en el Hijo.

Esta generosidad paternal se ha manifestado en la *riqueza de su gracia* derramada sobre la humanidad. Gracia que nos ha llegado por Cristo. El Padre “nos agració en el Amado”, es decir, en el Hijo de su amor en quien nos hemos convertido en hijos. Al Padre se le bendice por habernos elegido de un modo totalmente gratuito, por puro amor, en la persona de su Hijo Jesucristo.

Y termina el himno con la referencia al sello del “Espíritu Santo prometido”. El Espíritu Santo es la “garantía de nuestra herencia”, es decir, el que obra y hace realidad en nosotros el designio salvador del Padre realizado en la entrega del Hijo.

Este es el proyecto salvador del Padre por el Hijo en el Espíritu Santo.

Es verdad que, en este himno, Pablo no emplea la palabra “gracias” o “dar gracias” por toda esta donación del Padre a la humanidad. Pero sí termina las tres partes del himno diciéndonos que este plan salvador nos convierte, nos transforma en “un himno de alabanza a la gloriosa gracia que derramó sobre nosotros por medio de su Hijo querido” (v.6; cf. vv.12.14).

Ser himno de alabanza nos puede remitir a la expresión de María Zambrano: gracias como ofrenda de la vida. La alabanza es el modo más verdadero y auténtico, junto con la adoración, de la acción de gracias al Padre. Ser un himno de alabanza nos convoca a que nuestra acción de gracias sea testimoniante, visible, vida convertida.

Y, llegados a este punto, retrocedemos y les invito a situarnos en febrero de 1998. En ese mes, no recuerdo el día exacto, llego a Bolivia, invitado por el padre agustino, Dr. Hans Van der Berg, entonces Presidente del Instituto Superior de Estudios Teológicos, por medio del P. Raúl Romero, Párroco de

Santa Mónica de Mayorazgo y docente en el ISET. La acogida, y no exagero, fue realmente fraterna por parte de todos.

Ya entonces advertí –ahora lo afirmo con total convencimiento- que este viaje era un regalo del Padre. Nunca había pensado yo en salir de mi patria, España, y por eso vine ciertamente “con temor y temblor”. Mi situación personal no era la mejor que he atravesado en mi ya larga vida de presbítero. Bolivia, sus gentes, me comunicaron fortaleza y ánimo. Desde entonces, dediqué todos los años unos meses para reencontrarme con los docentes, con los estudiantes: seminaristas diocesanos y religiosos, con las religiosas y algunos escasos laicos.

Hasta que el 11 de enero de 2005, volví a tomar tierra en Bolivia y... hasta hoy. Párroco solidario de Santa Mónica, juntamente con el P. Lorenzo Sánchez, y docente en el ISET y, desde 2012, en la actual Facultad de Teología “San Pablo”.

Guardo un recuerdo agradecido, entrañable y profundo, del P. Luís Jolicoeur OMI, sucesor del P. Van der Berg, y del P. Juan de Dios González, último presidente del ISET y primer Presidente de esta Facultad de Teología. Los dos descansan en la alegría de la Trinidad, de quien han recibido la recompensa de los servidores que son fieles. Los tres siempre tuvieron abundantes detalles conmigo. Y, como el actual Presidente está aquí entre nosotros y que algo de culpa, junto con otros, debe tener en el acto que estamos celebrando, para que no le salgan los colores: Gracias, la palabra luminosa de la ofrenda, P. José Smysky, porque ha continuado conmigo la trayectoria de sus predecesores.

Bolivia me ha enriquecido en todos los ambientes eclesiales en que he trabajado. Los feligreses de la Parroquia de Santa Mónica con sus aportaciones y sus necesidades tanto cristianas como sociales, con su alegría (me gusta decir que los bolivianos

y bolivianas nacen sabiendo bailar) y sus penas, con su cultura y su sencillez...

Recuerdo y agradezco con toda verdad a los rectores de los Seminarios Arquidiocesano de San Luís y al Nacional de San José, con los que he colaborado en estos doce años. Todos me han acogido siempre como a un hermano. De modo especial recuerdo al P. Crispín Borda, que ya goza también de la alegría eterna de la Santa Trinidad.

Podría viajar a casi todas las jurisdicciones eclesiales de Bolivia para encontrarme con presbíteros que “aguantaron y soportaron” mis clases –a pesar de todo, muchos de ellos, amigos- o a los que acompañe espiritualmente en sus años de seminario.

Termino mi agradecimiento entrañable saludando y agradeciendo a todos los docentes, varones y mujeres, que he conocido y tratado en estos años. Nunca me he sentido lejano y extraño entre ellos, entre ustedes, aunque mi conversación no haya sido siempre fluida y abierta. Uno de esos compañeros docentes hoy está presidiendo este acto como Gran Canciller de la Universidad Católica Boliviana: Mons. Jorge Herbas, Obispo Prelado de Aiquile.

Y una an dota final: la alegría que me supuso encontrarme con el P. Víctor Codina. No lo conocía personalmente. Pero sí había leído en España prácticamente todos sus libros escritos hasta entonces (y los escritos durante estos doce años). Y me decía a mí mismo:  Ser  verdad o sueño que soy “colega” del P. Codina? Así se lo dije. Pequeñas grandes alegrías de un simple presbítero diocesano por la gracia de Dios y de mis pocos méritos.

Espero no haber olvidado a nadie en este recorrido, salido del corazón, para dedicarles la palabra luminosa de la ofrenda: Gracias.

Gracias es la respuesta a la gracia recibida. Si todo lo hemos recibido gratis, no podemos poner precio a nuestra actuación. Sería algo así como tratar de enriquecerse vendiendo a buen precio los regalos que nos han hecho con amor. El cristiano no puede sino ser agradecido al Padre y a tantos hermanos y hermanas, en todo lo que hace.

Y, después de todo lo dicho, después de lo que hayamos hecho, sólo nos queda y nos quedará ser agradecidos por haber podido evangelizar y decir: “Somos unos simples siervos: hemos hecho lo que teníamos que hacer” (Lc 17,10).

Todo verdadero y siempre débil discípulo del Señor Jesús, se sabe servidor agraciado que encuentra su gozo en poderse entregar, como su Señor y Maestro, al Padre y a los hermanos. La alegría de servir al Reino es la verdadera recompensa de quienes se reconocen y viven como “simples siervos” y que solamente “hacen lo que deben hacer”.

Se puede y se debe sentir gratitud por muchas cosas, sin caer en lirismos retóricos: por el frescor de la mañana: por la gente que sale a la calle con ilusión, por tener trabajo y por un cierto clima de compañerismo que se crea en algunos ámbitos profesionales, por el café que tomas con algún amigo, por un paseo a media tarde en el campo o en tu barrio, por la contemplación del anochecer, por el silencio confortable de tu casa y la calidez de tu “rincón” vital, por la compañía de los hijos, por la música, por algún contado programa de la tele, por la comunicación sincera con determinadas personas y por el valor y la belleza moral de esas mismas personas, por la debilidad asumida, por las cosas pequeñas e importantes que ayudan a dar sentido a nuestra vida difícil, por los libros

y las ideas, por quienes piensan para los demás... Hay que mantener, por encima de todo, el temple de gratitud y de esperanza³.

Las pequeñas y diarias acciones de gracias son el sacramento sencillo de una actitud global, permanente y comprometida de gratitud ante la vida, ante los demás, ante Dios.

Porque hemos sido agraciados por el Señor.

Porque hemos sufrido con el Señor y con los hermanos.

Porque hemos servido gratuitamente, sin recompensa buscada o deseada.

Porque hemos compartido alegrías y gozo.

Porque nuestra recompensa ya aquí, como reconoce san Pablo, es haber sido elegidos para anunciar el Evangelio (cf. 1 Cor 9,18).

Por todo y por más, nos queda la palabra luminosa de la ofrenda de la vida: ¡GRACIAS!

³ Santiago SÁNCHEZ TORRADO, "Gracias por casi todo", en *Noticias Obreras* 1326-1327 (2002) 22.